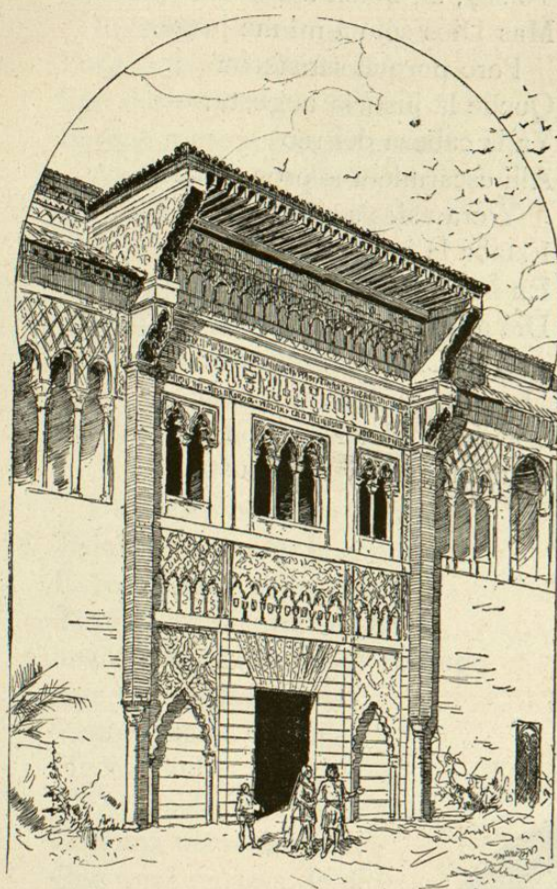


## EL ALCÁZAR DE SEVILLA

### ROMANCE PRIMERO



MAGNÍFICO es el Alcázar  
Con que se ilustra Sevilla,  
Deliciosos sus jardines,  
Su excelsa portada rica.  
De maderos entallados  
En mil labores prolijas,  
Se levanta el frontispicio  
De resaltadas cornisas;  
Y hay en ellas un letrado  
Donde, con letras antiguas,  
*D. Pedro hizo estos palacios*  
Esculpido se divisa.  
Mal dicen en sus salones  
Las modernas fruslerías,  
Mal en sus soberbios patios  
Gente sin barba y ropilla.  
¡Cuántas apacibles tardes,  
En la grata compañía  
De chistosos sevillanos  
Y de sevillanas lindas,  
Recorrí aquellos verjeles,  
En cuya entrada se miran  
Gigantes de arrayan hechos,  
Con actitudes distintas!

Las adelfas y naranjos  
Forman calles extendidas,  
Y un oscuro laberinto  
Que á los hurtos de amor brinda.  
Hay en tierra surtidores  
Escondidos; se improvisan,  
Saltando entre los mosaicos  
De pintadas piedrecillas,  
Y á los forasteros mojan  
Con algazara y con risa  
De los que ya escarmentados  
El chasco pesado evitan.

En las tardes del estío,  
Cuando al ocaso declina  
El sol entre leves nubes,  
Que de oro y grana matiza;  
Aquel trasparente cielo  
Con ráfagas purpurinas,  
Cortado por un celaje  
Que el céfiro manso riza;  
Aquella atmósfera ardiente  
En que fuego se respira,  
¡Qué languidez dan al cuerpo!  
¡Qué temple al alma divina!  
De los baños, tan famosos  
Por quien los gozó, la vista,  
La del soberbio edificio,  
Obra gótica y morisca,  
Tétrico en partes, en partes  
Alegre, y en el que indican  
Los dominios diferentes,  
Ya reparos, ya ruinas;  
Con recuerdos y memorias  
De las edades antiguas  
Y de los modernos años,  
Embargan la fantasía.  
El azahar y los jazmines,  
Que si los ojos hechizan,  
Embalsaman el ambiente  
Con los aromas que espiran;  
De las fuentes el murmurio,  
De lejana gritería  
Que de la ciudad, del rio,  
De la alameda contigua  
De Triana y de la puente  
Confusa llega y perdida,  
Con el són de las campanas  
Que en la alta Giralda vibran;

Forman un todo encantado,  
Que nunca jamás se olvida,  
Y que al recordarlo, siempre  
Mi alma y corazón palpitan.

Muchas deliciosas noches,  
Cuando aún ardiente latía  
Mi ya helado pecho, alegres,  
De concurrencia escogida  
Ví aquellos salones llenos;  
Y á la juventud, cuadrillas  
O contradanzas bailando  
Al són de orquestas festivas.  
En las doradas techumbres  
Los pasos, la charla y risas  
De las parejas gallardas,  
Por amor tal vez unidas,  
Con el són de los violines  
Confundidos se extendían,  
Acordes ecos hallando  
Por las esmaltadas cimbrias.

Mas ¡ay! aquellos pensiles  
No he pisado un solo día,

Sin ver (¡sueños de mi mente!)  
La sombra de la Padilla  
Lanzando un hondo gemido,  
Cruzar leve ante mi vista,  
Como un vapor, como un humo,  
Que entre los árboles gira:  
Ni entré en aquellos salones,  
Sin figurárseme erguida,  
Del fundador la fantasma  
En helada sangre tinta:  
Ni en el vestíbulo oscuro,  
El que tiene en la cornisa  
De los reyes los retratos,  
El que en columnas estriba,  
Al que adornan azulejos  
Abajo, y esmalte arriba,  
El que muestra en cada muro  
Un rico balcon, y encima  
El hondo artesón dorado,  
Que lo corona y atrista;  
Sin ver en tierra un cadáver.  
Aun en las losas se mira  
Una tenaz mancha oscura...  
¡Ni las edades la limpian!...  
¡Sangre!!! ¡Sangre!!! ¡Oh cielos, cuántos  
Sin saber que lo es, la pisan!

### ROMANCE SEGUNDO

Quinientos años más joven  
Era el magnífico alcázar,  
Aún lustrosas sus paredes,  
Su alto almenaje sin faltas,  
Y lucientes los esmaltes  
De las techumbres doradas,  
Mansion del rey de Castilla  
Orgullosa se ostentaba;  
Cuando del Mayo florido  
Una apacible mañana,  
En aquel salón que tiene  
Los balcones á la plaza,  
Dos ilustres personajes  
En grande silencio estaban:  
Un caballero era el uno,  
El otro una hermosa dama.

Rica berberisca alfombra,  
Del rey moro de Granada  
Don ó tributo, cubría  
Las losas de aquella cuadra.  
Un cortinaje de seda  
Con listas y flores varias

Matizado en el Oriente,  
Que galeras venecianas  
(Tal vez de su Dux regalo)  
Trajeron á nuestra España,  
Del abierto balconaje  
El radiante sol templaba.  
En el testero de enfrente,  
De maderas cinceladas  
Un rico oratorio había  
Con embutidos de nácar,  
Y en él la imagen devota  
De la Virgen soberana,  
Escultura harto mezquina,  
Mas no de atractivos falta,  
De la cual era el adorno  
Una corona de plata  
Reverberando en su cerco  
Amatistas y esmeraldas.  
Un manuscrito precioso  
Con las oraciones santas,  
Ornatos de miniatura,  
Y de oro y marfil las tapas,  
Colocado se veía  
Sobre un atril, que formaban

De un ángel mal esculpido,  
Aunque con primor, las alas;  
Y de brocado de oro  
En el suelo una almohada,  
Mostrando, por medio hundida,  
De dos rodillas la marca.

En los muros blanqueados  
Con cal de Moron, de caza  
Pendian varios trofeos,  
Banderas y limpias armas;  
Y en una mesa ó bufete,  
Puesta en medio de la estancia,  
Con un tapete cubierta,  
Cuyos picos arrastraban,  
Un templado laud habia,  
Un rico juego de tablas,  
Búcaros llenos de flores,  
Y un cofre de filigrana.

De un balcon sentóse cerca,  
Muy pensativa la dama,  
En un gran sillón dorado,  
Cuyo respaldo formaba  
Un dosel ó guardapolvo  
En una curva gallarda,  
De castillos, de leones  
Y de corona adornada;  
Un vistoso brial de seda  
Verde, y con labores varias  
De sirgo y perlas, y en torno  
De oro recamos y franjas,  
Era su traje; una toca  
Muy más que la nieve blanca,  
Y un claro cendal cubrían  
Sus trenzas negras y largas.

Celestial era su rostro  
Y divina su garganta;  
Pero del color de cera,  
Que miedo y penas retrata:

Dos soles eran sus ojos  
Bajo las luengas pestañas,  
Donde dos perlas preciosas,  
Prontas á correr, brillaban.

Era una fresca azucena,  
A quien cruda muerte amaga,  
Porque un carroedor gusano  
Ya su hondo cáliz desgarró.

Ora un blanco pañizuelo,  
Con puntas bordado y randas,  
Revolvía con las manos  
Convulsas y deslustradas,

Ora absorta y distraida,  
Agitaba en torno el aura  
Con un precioso abanico  
De ricas plumas de Arabia.

Delgado era el caballero,  
De estatura no muy alta,  
Vivaces ojos, la boca  
Inquieta, roja la barba,  
Pálido y enjuto el rostro,  
Nariz corva y afilada,  
Noble su porte, y siniestras  
Y terribles sus miradas.

Envuelto en un rojo manto,  
De oro bordado y con chapas,  
Y una gorra en la cabeza  
Puesta de lado con gracia,  
De largo á largo media  
Con pasos lentos la estancia,  
Y pasiones diferentes  
Su mudo rostro mostraba.

A veces se enrojecia,  
Arrojando fieras llamas  
Por los encendidos ojos,  
Hechos del infierno brasas;  
Luégo extendían los labios  
Sonrisa feroz y amarga;  
O en las doradas techumbres  
Fijaba atroces miradas;

Bien apresurando el curso  
De pié á cabeza temblaba;  
Bien repuesto proseguía  
Su paso noble con calma.

Así he visto al tigre fiero,  
Ya tranquilo, ya con rabia,  
Revolverse á todos lados  
Dentro de la estrecha jaula.

Marchando sobre la alfombra,  
No se oían sus pisadas;  
Pero sordas le crujían  
Siempre que se meneaba,

Canillas y choquezuelas.  
Diz que el cielo (¡cosa rara!)  
De igual rumor ha dotado,  
Allá en tierras muy lejanas,

Para que la evite el hombre,  
A una serpiente que llaman  
De cascabel, y que al punto  
Que se acerca pica y mata.

Doña María Padilla  
Era la llorosa dama,  
Y el callado caballero  
El rey don Pedro de España.



## ROMANCE TERCERO

Cual de solitaria torre  
En torno están revolando  
Fieras aves de rapiña,  
Cuando el sol baja al ocaso,  
Así en torno de don Pedro  
Vuelan pensamientos varios,  
Cuyas sombras ofuscaban  
De su semblante los rasgos.  
Ya ocupa su airada mente  
El poder de sus hermanos,  
A los que mató la madre,  
Y á quienes llama bastardos:

Ya de los grandes inquietos  
La insolencia y desacato,  
O la mengua del tesoro  
Sin medios de repararlo:

Ya la linda doña Aldonza,  
A quien tiene á buen recaudo;  
O las sangrientas fantasmas  
De inocentes que ha matado:

Ya una proyectada empresa  
Rompiendo la fe de un pacto  
Contra el moro granadino;  
O una traición ó un engaño.

Mas, como las mismas aves  
Se van escondiendo al cabo  
Entre las almenas rotas  
Del castillo solitario,

Y sólo constante queda,  
En torno de él volteando,  
La más voraz, la más fuerte,  
La que no admite descanso;

Así aquel tropel confuso  
De pensamientos extraños,

En que se encontró don Pedro  
Envuelto pequeño rato,  
En su pecho y su cabeza  
Fueron nidos encontrando,  
Y quedó despierta y viva,  
Dándole gran sobresalto,  
La imágen de don Fadrique,  
El mejor de sus hermanos,  
Norma de los caballeros  
Y maestre de Santiago.

Del rey de Aragon acaba  
Don Fadrique el esforzado  
De conquistar á Jumilla,  
Con noble denuedo y brazo:  
Deja en lugar de las barras  
Los castillos tremolando,  
Y viene á entregar las llaves  
A su Rey, señor y hermano.  
Sabe el rey que no es rebelde,  
Que es su amigo y partidario,  
Y más que á Tello y á Enrique  
Lo está embravecido odiando.

Don Fadrique fué el que tuvo  
De venir á Francia encargo  
Por la reina doña Blanca;  
Mas tardó en llevarla un año.

Con ella en Narbona estuvo...  
Y un rumor corrió entre tanto  
De aquellos que son ponzoña,  
Ora ciertos, ora falsos.

Doña Blanca está en Medina,  
Y en una torre pagando  
Las tardanzas del viaje,  
Las habilllas de palacio;  
Y el cuello de don Fadrique  
Está en los hombros intacto,  
Porque tiene gran valía,  
Poder mucho y nombre claro.  
Mas ¡ay de él!... es de las damas  
El ídolo por su trato,  
Por su gallarda presencia  
Y por su esfuerzo bizarro;  
Y si no da sombra al trono,  
Porque es fiel, da, ¡mal pecado!  
Al corazón duros celos;  
Y esto es peor, si aquello es malo.  
Doña María Padilla,  
Cuyo entendimiento claro  
Del régio amante penetra  
Los más ocultos arcanos,  
Y en quien la bondad del alma  
Sobrepuja á los encantos  
De su peregrino rostro  
Y de su cuerpo gallardo;  
Vive víctima infelice  
De continuo sobresalto,  
Porque al Rey ama, y le mira  
A mal fin tender el paso.  
Conoce que sobre sangre,  
Persecuciones y llantos

## ROMANCE CUARTO

Grande rumor se alza y cunde  
De armas, caballos y pueblo  
De Sevilla por las calles,  
Al Maestre recibiendo.  
Suenan los vivas unidos  
Con los retumbantes ecos,  
Que en la altísima Giralda  
Espance el bronce hasta el cielo.  
Vase acercando la turba,  
Pero se la escucha ménos:  
Ya á la plaza de palacio  
Llega, y párase en silencio;  
Que la vista del alcázar  
Gozaba del privilegio  
De apagar todo entusiasmo,  
De convertir todo en miedo.  
Quedó, pues, mudo el gentío,  
Falto de acción y de aliento,  
Para pisar la gran plaza  
Con un mágico respeto;

No está nunca firme un trono,  
Nunca seguro un palacio;  
Y tiene dos tiernas niñas,  
Que con otro padre acaso,  
Aunque ilegítimo fruto,  
Pudieran todo esperarlo.  
Ve en el insigne Fadrique  
Un apoyo, un partidario:  
Sabe que llega á Sevilla,  
Y á voces le está indicando  
De su fiero amante el rostro,  
Que viene en momento aciago:  
Y por aquietar sospechas,  
O darles punto más alto,  
Al fin rompiendo el silencio,  
Aunque con trémulos labios  
Osó hablar, y estas palabras  
Entre los dos se mezclaron:  
«¿Conque hoy llegará triunfante  
Don Fadrique vuestro hermano?—  
Y por cierto que ya tarda  
En llegar aquí el bastardo.—  
»¡Bien os sirve!... Sí, en Jumilla  
Como un héroe se ha portado:  
De su lealtad os da pruebas;  
Es muy valiente.—Lo es harto.—  
»Ya estareis, señor, seguro  
De su pecho noble y franco.—  
Aún más lo estaré mañana.»—  
Enmudecieron entrambos.

Y el maestre de Santiago,  
Con algunos caballeros  
De su orden, entra, seguido  
De corto acompañamiento.  
Dirigese hácia la puerta,  
Como aquel que va derecho  
A encontrar de un buen hermano  
El alma y brazos abiertos;  
O como noble caudillo,  
Que por sus gloriosos hechos  
De un Rey á recibir llega  
Los elogios y los premios.  
Sobre un morcillo lozano  
Que espuma respira y fuego,  
Y á quien contiene la brida  
Si ensoberbece el arreo,  
Muéstrase el noble Fadrique  
Con el blanco manto suelto,  
En que el collar y cruz roja  
Van su dignidad diciendo;

Y una toca de velludo  
Carmesí lleva, do el viento  
Agita un blanco penacho  
Con borlas de oro sujeto.

Pálido como la muerte  
El iracundo don Pedro,  
En cuanto entrar en la plaza  
Vió al hermano desde léjos,  
Como si de mármol fuera  
Quedó del salón en medio,  
Y en sus furibundos ojos  
Ardió un relámpago horrendo;  
Pero pronto en sí tornando,  
Salióse del aposento,  
Cual si del huésped quisiera  
Buscar a fable el encuentro.  
Así que volver la espalda  
Le vió la Padilla, lleno  
El corazón de amargura  
Y de llanto el rostro bello,  
Álzase y sale turbada  
Del balcon al antepecho,  
Al gallardo maestre indica  
Con actitudes y gesto,  
Que llega en mal hora, y mueve  
Por el aire el pañizuelo,  
Diciéndole en mudas señas  
Que se ponga en salvo luégo.

Nada comprende Fadrique,  
Y por saludos teniendo  
Los avisos, corresponde  
Cual galán y cual discreto.  
Y á la ancha portada llega  
Do guardias y ballesteros  
Le dejan el paso libre,  
Mas no entrada á su cortejo.  
Si no conoció las señas  
De la Padilla, don Pedro  
Las conoció, pues paróse  
Aún indeciso y suspenso  
De la cámara en la puerta  
Un breve instante, y volviendo  
Los ojos, vió que la dama  
Agitaba el blanco lienzo.  
¡Oh Dios! ¿Fue esta acción tan noble  
De tan puro y santo intento,  
La que llamó á los verdugos,  
Y la que firmó el decreto?

Apénas puso el Maestre,  
De dos solos escuderos  
Seguido, el pié confiado  
En el vestíbulo regio,

TOMO II

Donde varios hombres de armas  
Vestidos de doble hierro,  
Paseándose guardaban  
De la escalera el ingreso;  
Cuando á uno de los balcones,  
Como aparición de infierno,  
El rey se asoma gritando:  
*Matad al Maestre, maceros.*  
Siguió como en la tormenta  
El súbito rayo al trueno,  
Y seis rehornadas mazas  
Sobre Fadrique cayeron.  
Llevó la mano al estoque,  
Pero en el tabardo envuelto  
Halló el puño, y fué imposible  
Desenredarlo tan presto.  
Cayó en tierra, un mar de sangre  
Del roto cráneo vertiendo,  
Y lanzando un alarido  
Que llegó sin duda al cielo.  
Voló al instante la nueva  
De tan horrible suceso;  
Apelaron á la fuga  
Los freiles y caballeros;  
Huyó á esconderse en sus casas,  
Temblando de horror, el pueblo,  
Y del alcázar quedaron  
Los alrededores desiertos.

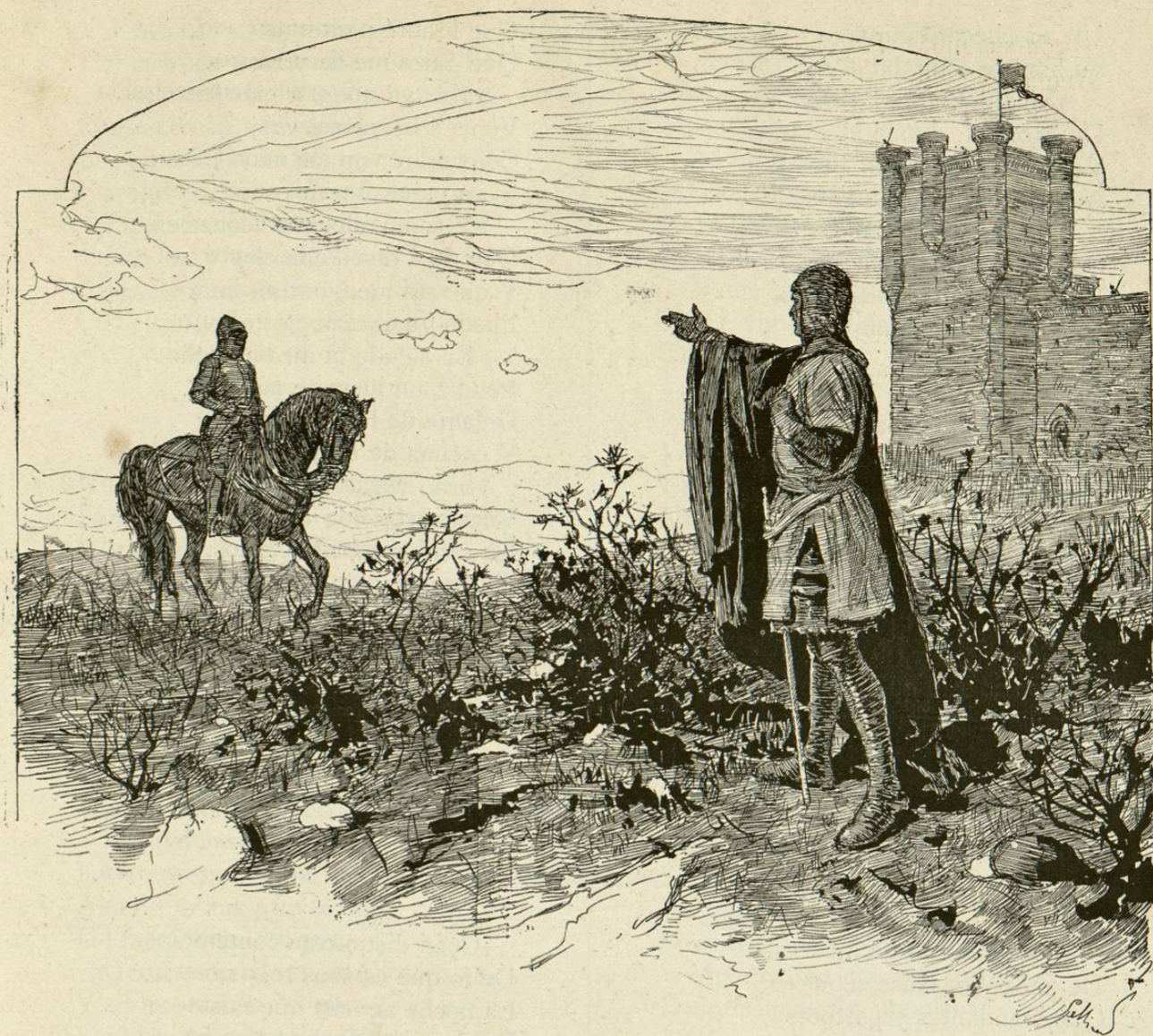
Diz que el ver sangre embravece  
Al tigre con tanto extremo,  
Que prosigue los destrozos,  
Aunque ya esté satisfecho  
Su vientre, porque se goza  
En teñir de rojo el suelo.  
Sin duda al rey de Castilla  
Le sucedía lo mesmo.  
En cuanto vió á don Fadrique  
Desplomarse en tierra yerto,  
Corrió por palacio todo  
Buscando á sus escuderos,  
Que trémulos y amarillos  
De aposento en aposento  
Huyen, sin hallar amparo,  
Corren, sin hallar un puerto.  
Por dicha logró fugarse  
O esconderse el uno de ellos;  
Sancho Villegas el otro  
No fué tan feliz ó diestro.  
Viendo que el Rey le persigue,  
Entróse, de espanto muerto,  
Donde estaba la Padilla  
Desmayada y en su lecho,  
Asistida por sus damas  
Que están temblando de miedo,

Y con sus niñas al lado,  
 Angeles en alma y cuerpo.  
 Mirando allí el infelice  
 Aún perseguirle el espectro,  
 Que en asilos no repara,  
 Coge en sus brazos de presto  
 A doña Beatriz, que apenas  
 Cuenta seis años completos,  
 Hija por quien el Rey tiene  
 El más cariñoso extremo.  
 Pero, ¡ay! de nada le sirve...  
 En vano allá en el desierto  
 Con la cruz santa se abraza  
 El peregrino, si recio  
 Brama el sur, si arde el espacio,  
 Si olas de arena, creciendo  
 Mar espantoso, confunden  
 La baja tierra y el cielo.  
 Con la niña entre los brazos  
 Y de rodillas, el pecho  
 Traspasóle furibunda  
 La daga del rey don Pedro.

Cual si no hubiese en palacio  
 Nada ocurrido de nuevo,  
 Se asentó el Rey á la mesa,  
 Como acostumbra, comiendo,  
 Jugó en seguida á las tablas,  
 Salió despues á paseo,  
 Fué á ver armar las galeras  
 Que han de ir á Vizcaya luégo;  
 Y en cuanto cubrió la noche  
 Con su manto el hemisferio  
 Entró en la torre del Oro,  
 Donde tiene en un encierro  
 A la linda doña Aldonza,  
 A la cual del monasterio



De Santa Clara ha sacado,  
 Y á la que idolatra ciego.  
 Fué un rato á hablar en seguida  
 Con Leví, su tesorero,  
 En quien tiene su privanza,  
 Aunque es un infame hebreo;  
 Y muy tarde retiróse  
 Sin más acompañamiento  
 Que un moro su favorito,  
 Hombre bajo por supuesto.  
 Entró en el tranquilo alcázar,  
 Llegó al vestibulo excelso,  
 Y en él paróse un instante  
 La vista en torno moviendo.  
 Una lámpara pendiente  
 Del artesonado techo  
 En derredor derramaba  
 Ya sombras, y ya reflejos:  
 Entre las tersas columnas  
 Dos hombres de armas, dos negros  
 Bultos paseaban solos,  
 Vigilantes y en silencio;  
 Y en tierra aún tendido estaba,  
 De un lago de sangre en medio,  
 El maestre don Fadrique  
 En su roto manto envuelto.  
 Se acercó el Rey, contemplóle  
 Con atencion un momento,  
 Y notando que no estaba  
 Del todo su hermano muerto,  
 Pues aún respiraba acaso  
 Palpitante el hondo pecho,  
 Le dió con el pié un empuje  
 Que hizo estremecer el cuerpo;  
 Desnudó la aguda daga,  
 Al moro la dió, diciendo:  
*Acábalo*, y sosegado  
 Subió y entregóse al sueño.



## EL FRATRICIDIO

### ROMANCE PRIMERO

EL ESPAÑOL Y EL FRANCÉS

«Mosen Beltran, si sois noble  
 Doleos de mi señor,  
 Y deba corona y vida  
 A un caballero cual vos.

»Ponedlo en cobro esta noche,  
 Así el cielo os dé favor;  
 Salvad á un rey desdichado  
 Que una batalla perdió.

»Yo con la mano en mi espada,  
 Y la mente puesta en Dios,  
 En su real nombre os ofrezco,  
 Y ved que os lo ofrezco yo,

»En perpetuo señorío  
 La cumplida donacion  
 De Soria y de Monteagudo,  
 De Almansa, Atienza y Seron.

»Y á más doscientas mil doblas  
 De oro, de ley superior,  
 Con el cuño de Castilla,  
 Con el sello de Leon,

»Para que pagueis la hueste  
 De allende que está con vos,  
 Y con que fundeis estado  
 Donde más os venga en pro.

»Socorred al rey don Pedro,  
 Que es legitimo, otro no;  
 Coronad vuestras proezas  
 Con tan generosa accion.»

Así cuando en occidente  
 Tras siniestro nubarron,